



Jon Juaristi

A CUERPO DE REY

Monarquía accidental y melancolía republicana

La monarquía constitucional española no se ha sostenido sobre el fervor monárquico de la población, sino sobre un accidentalismo pragmático que ha comenzado a diluirse. La crisis económica ha agudizado la falta de legitimación de la institución y sus privilegios son ahora vistos como desproporcionados en un régimen liberal democrático.

Pero, ¿es contradictoria la defensa de la Monarquía con la pervivencia de la democracia liberal? ¿Es el republicanismo algo más que una ficción idealizada de la Segunda República? ¿O es más un canto esencialista a favor de una reformulación de esa ansiada nueva España? Juaristi se adentra en los conceptos políticos y sus semblanzas en los países de nuestro entorno para abordar con criterio, rigor y argumentos un debate que como siempre que llena las calles, lo hace con la frivolidad y la banalización del canto popular y la pancarta.

Introducción

En mi familia nadie de mis apellidos simpatizaba con la monarquía, si se exceptúan dos tías abuelas, ya nonagenarias cuando yo era niño. Las *señoritas* Juaristi, que murieron ostentando ese tratamiento, a punto ambas de cumplir un siglo, se fueron a la tumba vírgenes (al menos en la opinión general) pero enamoradas de don Alfonso XII: un rey muy guapo, según mi tía Pepita, la menor de las dos, cuya entrada en la pubertad debió de coincidir con el pronunciamiento de Sagunto. Le estaban muy agradecidas al monarca por la exención del servicio militar con que favoreció a sus hermanos, al haber tomado parte su padre, mi bisabuelo, en la defensa de Bilbao durante el sitio y bombardeo de 1874, en la última guerra civil del siglo XIX. A decir verdad, casi dos generaciones de mozos vascos se beneficiaron de ese privilegio, ya hubieran sus progenitores combatido en el bando liberal, en el carlista o en ninguno de ellos, porque la exención de marras no fue más que la vaselina con que se trató de suavizar la abolición de los fueros, y eso es lo que sostenía mi abuelo Pablo, el benjamín de la camada (fueron once hermanos), a quien mis tías abuelas Victoriana y Pepita, las primo y segundogénita, sacaban casi dos décadas.

Mi abuelo nació en 1882. Tenía veintidós años cuando participó en la fundación de Juventud Vasca (*Euzko Gaztedi*), la organización juvenil del PNV, de la que fue el primer tesorero. La exención real no le resultó necesaria para li-

brarse, como sus hermanos mayores, de las guerras de Cuba y Filipinas, pero le ahorró la primera de Melilla, para la que todos los reservistas de su quinta fueron movilizados. A pesar de ello, mi abuelo Pablo, *abertzale* de los orígenes, proclamaba que ningún rey de España lo había favorecido con una exención que le correspondía por fuero, pues los vascos, antes de que Alfonso XII les arrebatase su verdadera Constitución, la histórica, no estaban obligados a servir en ejércitos extranjeros, o sea que lo que el rey de España había hecho al eximirle de quintas era tan hipócrita y ofensivo como la falsa generosidad del atracador que, después de robarte el sueldo del mes, te deja unas perras para el tranvía. Ninguna gratitud le adeudaba y sí, en cambio, un odio verdaderamente púnico.

Mi abuelo Pablo fue el primer nacionalista vasco de su familia y uno de los primeros de la Historia. De ahí que sus hermanas nunca entendieran los motivos de su aversión al rey. Se podía ser antialfonsino como otro de mis tíos abuelos Juaristi, el décimo de la serie, José María, que era carlista y fue varias veces concejal y diputado. Lo asesinaron en Bilbao, durante la única guerra civil española del siglo XX. O incluso se podía ser antimonárquico, como otro de los hermanos de mi abuelo, Pedro, un republicano de derechas al que dieron el paseo en Garrucha (Almería) por la misma época y que tampoco pude conocer. Pero lo del nacionalismo vasco, para aquellas dos venerables solteronas, resultaba inexplicable. Mi abuelo Pablo no era alfonsino ni carlista ni republicano, porque, a su juicio, estas constituían tres formas distintas de ser español, o sea, enemigo ancestral del pueblo vasco, y, por tanto, ninguna lealtad se debía, desde el punto de vista de mi abuelo, ni a la dinastía isabelina, ni a la carlista, ni al ideal republicano. Conviene tener esto muy presente. El nacionalismo vasco no es republicano ni monárquico, sino todo lo contrario. Mis pobres tías abuelas no lo acabaron de entender, y a mí me costó mucho tiempo hacerlo. El nacionalismo vasco no es siquiera

accidentalista: es oportunista y desleal por naturaleza. Tanto le da la monarquía como la república. Pactará con el régimen que más ventajas le ofrezca y los despreciará igualmente. Por españoles.

De modo que, cuando mi tía abuela Pepita me contaba sus recuerdos del sitio y bombardeo de Bilbao por los carlistas ¡en 1874! y me hablaba de lo guapo y de lo bueno que era don Alfonso de Borbón, mi abuelo Pablo mascullaba algo así como «estas viejas cursis...», recordándome a continuación que los vizcaínos nunca tuvimos rey, sino señor, y que incluso eso fue una desgracia porque, como dijo Sabino Arana Goiri, los señores se extranjerizaron casándose con españolas hasta que el título de señor de Vizcaya recayó en los reyes de Castilla y perdimos así nuestra independencia originaria. De la *legitimidad proscrita*, mi abuelo Pablo no tenía mejor opinión que de la monarquía liberal, y deploraba que tantos vascos se hubieran dejado la piel en una sangrienta trifulca entre dinastías extrañas al país creyendo que combatían por los fueros.

La otra rama de mi familia, la materna, no parecía remontarse mucho más allá de mi bisabuelo Linacero, un obrero metalúrgico nacido en Arrigorriaga (Vizcaya) de padres leoneses, de la Bañeza. La cosa no deja de tener gracia, porque el mito de origen de Vizcaya o del señorío independiente de Vizcaya se refiere precisamente a una batalla entre invasores leoneses y resistentes autóctonos que tuvo lugar en Arrigorriaga a finales del siglo IX. Venció el equipo local y los visitantes se volvieron a León con las orejas gachas. Mil años después del encuentro, un matrimonio de inmigrantes leoneses —españoles o maquetos, según Sabino Arana Goiri, que escribió su propia versión de la legendaria batalla— consiguieron engendrar y parir un hijo en la sacrosanta Arrigorriaga. Y no sólo eso, porque, andando el tiempo, el hijo de los inmigrantes leoneses, maqueto como sus padres, se desposaría, no con una, sino sucesivamente con dos hermanas caseritas, vizcaínas y vasco-

parlantes, rebosantes de apellidos eusquéricos. Me encanta venir de aquel tipo, canijo y musculoso, coetáneo de mis tías abuelas Pepita y Victoriana, y que además, oh, maravilla de las maravillas, era, como estas, monárquico y católico, a pesar de su condición obrera. La justicia poética de la Historia quiso que muriera a consecuencia de un sablazo recibido en la cabeza cuando, poco antes de las elecciones municipales de 1931, guardias a caballo disolvieron en el paseo del Arenal de Bilbao una manifestación republicana, en la que, lógicamente, no participaba. Sus tres hijos, incluido mi abuelo José, fueron republicanos ardorosos y anticlericales, como otros muchos de su apellido y oriundez en las Vascongadas del fin del siglo XIX.

Ningún afecto por la monarquía llegó, pues, a rozarme siquiera durante mi infancia, y cuando digo ninguno me refiero tanto a los positivos como a los negativos. No había rey en España cuando nací, casi veinte años después de la marcha de Alfonso XIII al exilio. Y nadie hablaba de reyes ni de príncipes en mi entorno familiar, salvo mis tías abuelas, cuyas historias parecían venir de un tiempo muy remoto, como el de la Maricastaña de los cuentos. Por eso me produjo una fuerte impresión la revelación de que vivíamos en un reino y de que España tenía un rey, aunque ese rey no reinaba.

Sería el año sesenta o el sesenta y uno del pasado siglo. Yo estudiaba por entonces ingreso de bachiller en Gaztelueta, el colegio bilbaíno del Opus Dei. El primer colegio del Opus Dei en el mundo, para ser exacto. El profesor que debía dar la clase ese día estaba enfermo o ausente por otra causa cualquiera, porque vino a sustituirlo alguien de los cursos superiores, un profesor del equipo fundacional del colegio, al que los demás profesores trataban con respetuosa deferencia. Pedro Plans Sanz de Bremond era alto, desgachado y rubio, aquejado de una calvicie incipiente que trataba de compensar con una breve melena. Lo he visto en una fotografía publicada en el último número del

periódico del colegio que nos envían a los antiguos alumnos. Aparece en ella acompañado de los otros cuatro integrantes del primer grupo de profesores (entre ellos, el donostiarra Jesús Urteaga, «el cura de la tele»), cuyo último sobreviviente, José Luis González Simancas, acaba de fallecer. Plans era un buen geógrafo, antiguo profesor de la Complutense que obtuvo, después de pasar por el colegio, una cátedra en la Universidad de Murcia, de la que pidió la excedencia para fichar por la Universidad de Navarra. Y era también un monárquico fervoroso, un *juanista*, por lo menos en aquella época. Después, sus lealtades pudieron variar, porque el banquero Luis Valls Taberner —numerario del Opus, como Plans—, afirmó en una entrevista con Tom Burns Marañón que ambos, Plans y él mismo, estuvieron presentes en la reunión que Pedro Sainz Rodríguez mantuvo con el entonces príncipe de Asturias el 11 de julio de 1969, en la que le instó a aceptar la Corona en el caso de que Franco se la ofreciera, lo que venía a ser una puñalada traperera al conde de Barcelona. Y, por cierto, lo verdaderamente divertido es la explicación que dio Valls, sin que Burns la pidiese, de la participación de Plans en el evento: «Pues sí, voy yo [a la audiencia con el príncipe] y también Pedro Plans, un amigo común e hijo de un conocido de don Pedro, como era mi caso».^[1] Para Valls, Pedro Plans era más que un amigo común: era un miembro de la misma congregación religiosa —instituto secular o pía unión— a la que Valls pertenecía. Siendo ambos numerarios del Opus, y dada la trascendencia del asunto a tratar, se me hace difícil suponer que monseñor Escrivá de Balaguer, su jefe de filas, no estuviera al tanto de la reunión y de su propósito. Escrivá y Franco, porque, al día siguiente, 12 de julio de 1969, el general anunciaba a don Juan Carlos de Borbón que «a los diez días, el 22 de julio, se celebraría un pleno extraordinario de las cortes en el que sería nombrado sucesor a título de rey».^[2] El relato de Valls Taberner resulta demasiado

enrevesado para ser creíble. Según él, la reunión se celebró a instancias de Sainz Rodríguez, y casi clandestinamente, porque Franco detestaba al viejo consejero áulico de don Juan, del que sospechaba que era mandilón, pero al que había concedido pasaporte diplomático. Todo parece sugerir, por el contrario, una trama bien urdida entre el dictador y Sainz Rodríguez, a espaldas del Conde de Barcelona, y muy probablemente, con el conocimiento de monseñor Escrivá. Más aún, sospecho que Plans actuaba como testaferrero de Escrivá, y no porque este no se fiase de Valls y necesitara vigilarlo, sino para dar seguridades a Sainz Rodríguez de que monseñor se hallaba al cabo de la calle y aprobaba la operación. Valls era el proveedor financiero de la joven pareja de la Zarzuela (y de su prole), pero, por si su presencia no fuera garantía suficiente para don Pedro, se añadía al grupo un personaje bien conocido por este como monárquico de toda la vida y hombre de confianza de Escrivá de Balaguer. Como es sabido, desde que don Juan consintió que el príncipe se educase en España, a la sombra de Franco, el dictador había encomendado su formación a numerosos del Opus Dei como Ángel López-Amo y Federico Suárez Verdaguer. Es curioso. En octubre de 1950, el príncipe inicia sus estudios en el palacio de Miramar, en San Sebastián, con preceptores del Opus, y más o menos por entonces la congregación (o lo que fuera) fundada por Escrivá crea, también en tierra vasca, sus primeras instituciones para la educación de la elite económica, inspiradas en el modelo de la Institución Libre de Enseñanza: el colegio Gaztelueta, en Lejona (Vizcaya), que se inauguraría en octubre de 1951, y el Estudio General de Navarra (después, Universidad de Navarra), en octubre de 1952. Mi amigo Juan Poirier, que perteneció a la primera promoción de alumnos de Gaztelueta, suele decir que tuvimos una educación digna de príncipes Battenberg, y acaso tal afirmación diste de ser una hipérbole.

En 1969, Pedro Plans Sanz de Bremond pudo traicionar a don Juan para salvar la monarquía en la persona de don Juan Carlos, pero nueve años atrás, cuando nos vino a dar clase en sustitución del encargado de nuestro curso de ingreso de bachiller, era todavía un *juanista* de manual. Sin quitarse el abrigo, se sentó ante la mesa del profesor y nos ordenó abrir el libro de texto por una página determinada. El libro, una enciclopedia escolar generalista, se titulaba *Fundamentos*, o algo parecido. No recuerdo el nombre del autor. La lección por donde lo abrimos trataba de la España de entonces, o sea, la del franquismo. Plans mandó a uno de nosotros leer en voz alta el texto y lo interrumpió apenas pronunciada la primera frase: «España es un reino...».

—Esto es lo que debéis recordar —nos dijo—. España es un reino.

Y a continuación, sin mencionar para nada la Ley de Sucesión del 6 de julio de 1947, comenzó a hablarnos de los descendientes de Alfonso XIII, de las renunciaciones de los infantes don Alfonso y de don Jaime a sus derechos sucesorios, de don Juan —el rey legítimo, según Plans— y de sus hijos varones, los príncipes Juan Carlos y Alfonso (con una brevísima alusión al desgraciado accidente de 1956). Ninguna referencia a las infantas. Todo aquello era nuevo para mí. Sabía quién había sido Alfonso XIII, por supuesto, pero no que hubiera tenido descendencia y menos aún que hubiese todavía un rey y un príncipe heredero, con el consentimiento tácito de Franco. Yo había estado en Madrid con mis padres y había visitado el Palacio de Oriente, y allí no vivía ningún rey. El relato de Plans tenía muchos aspectos incomprensibles o, por lo menos, oscuros. El rey vivía fuera de España, que era un reino, su reino. Se veía obligado a residir en Portugal, que, por cierto, de reino no tenía nada: era una república. Sin embargo, el príncipe heredero vivía en España como si tal cosa y, al parecer, bajo la protección directa de Franco. Ya eso me hizo sospechar por entonces que lo relacionado con la monarquía española no podía ca-

lificarse precisamente de normal, pero, con todo, lo que más me sorprendió fue comprobar que una buena parte de mis compañeros de curso parecían perfectamente enterados de lo que Plans contaba y se referían a los personajes de aquella insólita familia real como si los conocieran. Con cariño, con veneración y a veces con desparpajo.

Creo que esa constituyó la primera revelación política importante en mi vida, no tanto porque me descubriera la existencia de la monarquía y de sus partidarios como porque supe desde entonces que no pertenecíamos, ni mi familia ni yo, a tan selecto grupo. Hasta entonces, la política no había condicionado mi relación con los chicos de mi colegio (la España franquista de los años cincuenta fue posiblemente la sociedad más despolitizada de la Historia), pero, de repente, la lección fuera de programa que Plans había improvisado alzó un muro entre la mayoría de mis compañeros y la pequeñísima minoría a la que me sentí pertenecer en adelante. Yo no era monárquico, porque los míos habían luchado en el bando de la república y habían perdido la guerra. Ni más ni menos. Quizá Plans, como otros juaristas, alimentara la esperanza de que el exiliado de Estoril pudiera restaurar la concordia civil, aunque me cuesta creerlo (Plans, como la mayoría de los miembros del Opus, era un señor muy de derechas). En cualquier caso, el efecto que logró en mi curso fue el contrario: revivieron y afloraron entre nosotros, como por ensalmo, las divisiones y los rencores acumulados por nuestros antepasados desde la Restauración. Los de familias de vencedores comenzaron a hablar de sus abuelos asesinados en los pontones de la ría y en los conventos convertidos en cárceles. Y los de familias de vencidos empezamos a hablar de la opresión de Euzkadi. Recuerdo la lección de Plans como un aperitivo amargo de la convulsa década que se abría, en la que unos y otros jugaríamos a proseguir una guerra civil concluida mucho tiempo atrás. Todo bastante absurdo. La guerra había sido el final de un ciclo iniciado en el Sexenio y sólo el franquis-

mo, en su afán de congelar el tiempo, daba una falsa verosimilitud a sombras de conflictos sociales y políticos propios de la primera mitad de siglo.

El Opus Dei mismo era un ejemplo de cómo la derecha católica buscaba perpetuarse en un escenario internacional nuevo, dominado por las democracias liberales. Intentaba sobrevivir como *derecha católica*, claro está, y para ello era de primordial importancia mantenerse lejos de la izquierda, laica o clerical. Escrivá proclamaba la libertad absoluta de los miembros del Opus para defender sus opciones políticas personales, pero las de izquierda estaban excluidas a priori por anticristianas. Tampoco las republicanas eran bien vistas, dada su vinculación histórica con las izquierdas en la pasada guerra civil. Y el hecho de que la Falange profesara una hostilidad oficiosa pero bien conocida al Opus Dei dejaba a los miembros españoles de la congregación (instituto secular, pía unión o lo que fuera) un abanico muy reducido de identidades políticas asumibles. De hecho, se reducían a tres: tecnócratas (es decir, franquistas apolíticos), monárquicos de la rama alfonsina y carlistas. En Cataluña y el País Vasco, el modelo comenzaba a abrirse, teóricamente, al menos, a los nacionalismos de derechas.

Entre los profesores numerarios del colegio, es decir, los que vivían en comunidad en el chalet cedido a Escrivá por el naviero Antonio Menchaca (una muestra interesante de la arquitectura neovasca, copiada al detalle de la *maison Arnaga*, que se hizo construir Edmond Rostand en Cambolles-Bains) estaba bien representada toda esta pluralidad política restringida. Había incluso un nacionalista vasco, aunque se trataba de un gas inerte. Y si el *juanismo* tenía en Plans a su figura más descollante, entre los numerarios carlistas destacaba el catalán Ramón Massó Tarruella, jefe de la secretaría política de Carlos Hugo de Borbón-Parma.

Massó, al contrario que Plans, nunca nos dio clase. Sólo impartía las suyas en el bachiller superior, pero lo conocíamos muy bien, porque era todo un personaje en la Bilbao

de esa época. Lo recuerdo, a la puerta del chalet, descendiendo del Citroën 2CV de los profesores (los numerarios contaban con dos vehículos, el *dos caballos* y una furgoneta Volkswagen) con la pipa firmemente sujeta entre los dientes. Si Plans era delgado y medio calvo, Massó era corpulento y de cabellera tupida. Los fundamentalistas del carlismo lo responsabilizan todavía de haber arrastrado al duque de Parma hacia el socialismo autogestionario y hay quien sostiene que Carlos Hugo como pretendiente fue entera invención suya. En 1960, sin embargo, este, Carlos Hugo, apenas era conocido. Había concluido en 1956 sus estudios de Economía en Oxford, pero Massó y su camarilla lo tenían viviendo de incógnito en Bilbao, en casa de una familia obrera carlista. En 1962 comenzó a hacerse notar, al revelarse que había trabajado durante el verano, bajo nombre falso, en la mina asturiana del Sotón como afiliado al Servicio Universitario del Trabajo. Dos años después se casó con la princesa holandesa Irene de Orange y empezó a competir abiertamente con don Juan y su hijo por la sucesión de Franco. La carrera fue rápida y desigual. A partir de la aprobación en referéndum de participación obligatoria, el 14 de diciembre de 1966, de la Ley Orgánica del Estado, y ante la evidencia de que Franco no iba a apoyar la candidatura carlista a la sucesión, Carlos Hugo y sus seguidores aceleraron la transformación de la Compañía Tradicionalista en un movimiento de izquierda antifranquista. El pretendiente y sus hermanas fueron expulsados de España en diciembre de 1968, siete meses antes de que las Cortes de la dictadura proclamaran sucesor de Franco a Juan Carlos de Borbón.

Aunque en la oligarquía vizcaína no faltaran familias carlistas y el colegio estuviera relativamente bien surtido de vástagos de las mismas, el carlismo vasco en general era un fenómeno de clases medias e incluso de clases populares no sólo rurales, pues prendió con fuerza en el movimiento obrero católico, muy activo y arraigado en la zona minera y

en la industria siderúrgica. Yo tenía abundantes amigos de familia carlista tanto entre mis compañeros de colegio como entre mis vecinos del barrio. Es más, tenía tíos y tías carlistas, casados con hermanas y hermanos de mi padre. Nunca he ocultado que entre los carlistas encontré un porcentaje de excelencia moral abrumadoramente alto en comparación con colectivos de diferente signo político (e incluyo en estos a los nacionalistas). Las honradas masas carlistas serían intolerantes y fanáticas —no más que otras que se las daban y se las dan de progres—, pero a honradez no les ganaba nadie. Reconozco, en fin, que es su presencia ubicua lo que más echo en falta hoy, en la España contemporánea, porque el carlismo desapareció, y de ser una de las culturas políticas (y antropológicas) más conspicuas del país ha quedado reducida a un amasijo marginal de grupúsculos imperceptibles y mal avenidos. No merecía terminar así.

Yo creo que al carlismo no lo mató el progreso, digan lo que digan los progresistas, sino sus dos obsesiones congénitas, a saber, el legitimismo y la ortodoxia, que acabaron por sumergirlo en un caos letal de querellas intestinas. Los carlistas eran como trotskistas de extrema derecha: veían traidores y apóstatas por todas partes, y esa paranoia se ha exacerbado en sus capillitas residuales. Para comprobarlo, basta con darse una vuelta por la constelación de blogs que se definen como carlistas y se disputan la legitimidad doctrinal con la misma ferocidad con que antaño se disputaban la dinástica. A falta de un pretendiente claro, pues ni Sixto Enrique ni Carlos Javier de Borbón-Parma arrastran las masas necesarias para llenar un frontón, se proclaman depositarios de una lealtad que no saben explicar, porque un carlismo sin rey no es nada. O sí es algo, pero no ya carlismo, sino puro integrista.

El carlismo que yo conocí en mi entorno durante mi tránsito de la niñez a la mocedad estaba todavía densamente poblado, y predominaba en él un creciente antifrán-

quismo. Se trataba de un carlismo humillado y ofendido por el régimen, soliviantado por la nueva teología de la liberación y desconcertado por el socialismo autogestionario del pretendiente. Una formación claramente parasitable desde la izquierda gracias a la prisa de la camarilla por demostrar que se habían vuelto demócratas y socialistas. Como ya he contado en varias ocasiones, desde ETA la explotamos todo lo que pudimos. Tuve a mi cargo los primeros contactos con los carlohuguitas hasta que se ocuparon de ellos algunos de los liberados de la dirección etarra, mis amigos Andoni Pérez Ayala y Eduardo (*Teo*) Uriarte. No por casualidad, *Teo* y yo nos empapamos de historia del carlismo (*Teo* escribió y publicó años después una monografía sobre las guerras carlistas), pues se suponía que debíamos conocer el terreno que empezábamos a pisar y a devastar. En realidad, yo llevaba algunos años interesándome en el tema, pero nunca, a pesar de las pacientes explicaciones de mis amigos carlistas, llegué a captar toda la complejidad del embrollo dinástico que llevaba del infante Carlos María Isidro de Borbón y Parma a Carlos Hugo de Borbón-Parma. Ni le veía una relevancia especial a la cuestión legitimista, lo que no dejaba de ser un error, porque la tenía, como se demostró trágicamente en la romería de Montejurra del año 1976. Conocí personalmente a Carlos Hugo de Borbón-Parma en una cena conspirativa que tuvo lugar en Biarritz, en 1969 (yo no había cumplido aún mis dieciocho años). Cuando el duque de Parma entregó su archivo del carlismo a la ministra de Educación y Cultura del gobierno de Aznar, Pilar del Castillo, el 4 de julio de 2002, preguntó si yo había sido convocado al acto, pues le habría gustado saludarme. Como Director del Instituto Cervantes, yo no dependía entonces del Ministerio de Educación y Cultura, sino del de Exteriores, y no se me había invitado a la entrega, pero me conmovió que Carlos Hugo preguntase por mí. Eso quería decir que no guardaba un pésimo recuerdo de aquel encuentro de treinta y tres años atrás. Yo tam-

co. El duque me cayó simpático, pero confieso que nunca conseguí verlo como un rey, ni siquiera como un posible rey. Los carlistas, sin duda, eran monárquicos, pero sus reyes cada vez tenían menos que ver con una monarquía seria. El conde de Barcelona nunca fue rey, pese al voluntarismo de sus leales, pero era hijo de un rey. Carlos Hugo de Borbón-Parma, sobrino carnal de la última emperatriz austrohúngara, no tenía reyes entre sus antepasados por línea directa en varias generaciones. De hecho, el único pretendiente carlista hijo de un auténtico rey fue el primero de ellos, el infante Carlos María Isidro de Borbón (y Parma). El resto no fueron ni reyes ni infantes, salvo en el sentir del sufrido pueblo carlista.

Creo que se puede ser carlista sin que tus padres hayan luchado por Dios, por la Patria y el Rey. Convertirse al carlismo desde una tradición familiar republicana, o anarquista, para ponernos en un caso extremo, resultará quizás absurdo, pero tan respetable como convertirse a cualquier religión desde otra distinta o desde el ateísmo más recalcitrante. Conozco a carlistas admirables con padres azañistas o nacionalistas vascos, pero no me fiaría de un monárquico, digamos, «alfonsino» o «juanista», cuyos padres no hubieran sido monárquicos. Como me advirtió una vez Jorge Edwards, cuídate mucho de los jugadores de golf cuyos padres no hayan jugado al golf. Nunca me tentó la idea de volverme carlista, y como no tuve otros antepasados monárquicos más cercanos que mis tías abuelas Pepita y Victoriana, no me hice monárquico. Pero tampoco republicano y ni siquiera antimonárquico. Vuelvo al símil religioso: que uno no sea cristiano no significa que deba declararse anticristiano o convertirse al islam. Admito, con todo, que este tropo no es del todo adecuado. No, por lo menos, en lo que concierne a las formas de gobierno en un tiempo de secularización de la política que comenzó, en un sentido amplio, con Aristóteles. O antes, incluso, con la desautorización bíblica de las teocracias.